

The background of the cover is a dark, atmospheric illustration. In the center, three Jedi stand prominently. On the left, a young man with dark hair holds a glowing green lightsaber. In the middle, a woman with voluminous dark curly hair stands with her hands on her hips, wearing a grey and blue tunic. On the right, a woman with purple hair and green skin holds a glowing purple lightsaber. Behind them, a group of dark, menacing creatures with red glowing eyes looms in the shadows. The entire scene is framed by a golden, ornate border at the top and bottom.

STAR WARS
THE HIGH REPUBLIC

ENTRE LAS SOMBRAS

JUSTINA IRELAND



ENTRE LAS SOMBRAS

JUSTINA IRELAND

Planeta Junior

© & TM 2021 Lucasfilm Ltd.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización.

© de la traducción: Marta García Madera, 2021

Derechos exclusivos para la edición en castellano reservados para España:

Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-08-24684-8

Depósito legal: B. 13.573-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

STAR WARS LA ALTA REPÚBLICA

La galaxia está de celebración. Tras los días oscuros del desastre del hiperespacio, la canciller Lina Soh sigue adelante con la última de sus GRANDES OBRAS. La Feria de la República será su momento más glorioso, una celebración de la paz, la unidad y la esperanza en el mundo fronterizo de Valo.

Sin embargo, un horror insaciable aparece en el horizonte. Uno tras otro, los planetas caen a medida que los carnívoros DRENGIR consumen toda la vida que se les pone por delante.

Mientras la maestra Jedi AVAR KRISS lidera la batalla contra este terror, las fuerzas nihil se reúnen en secreto para la siguiente etapa del diabólico plan de MARCHION RO.

Solo los nobles CABALLEROS JEDI se interponen en el camino de Marchion Ro, pero ni siquiera los protectores de la luz y la vida están preparados para la terrible oscuridad que se avecina...

STAR WARS

CRONOLOGÍA

LA ALTA
REPÚBLICA



LA CAIDA
DE LOS JEDI



ALZAMIENTO
DEL IMPERIO



LA AMENAZA
FANTASMA

EL ATAQUE DE
LOS CLONES

LA VENGANZA
DE LOS SITH

THE BAD BATCH.

SOLO:
UNA HISTORIA DE
STAR WARS

LA ERA DE
LA REBELIÓN



LA NUEVA
REPÚBLICA



ALZAMIENTO
DE LA PRIMERA
ORDEN



REBELS

ROGUE ONE:
UNA HISTORIA
DE STAR WARS

UNA NUEVA
ESPERANZA

EL IMPERIO
CONTRAATAACA

EL RETORNO
DEL JEDI

THE
MANDALORIAN

RESISTANCE

EL DESPERTAR
DE LA FUERZA

LOS ÚLTIMOS JEDI

EL ASCENSO DE
SKYWALKER



UNO

Vernestra Rwoh cerró los ojos y respiró hondo. La cara verde de la mirialana se suavizó. El ceño fruncido de preocupación que solía tener se estaba deshaciendo, dejando las marcas en los rabillos de los ojos (seis diamantes diminutos colocados en dos filas verticales) sin arrugas por una vez. El pequeño goteo de un arroyo burbujeante creció hasta convertirse en un flujo constante, que, a su vez, pasó a ser un río caudaloso que se adentraba en el ancho mar que era la Fuerza. Cada Jedi percibía la Fuerza de una forma ligeramente distinta. Vernestra siempre había sentido que era como una vía de agua que conectaba toda la vida de la galaxia.

Mientras se hundía en la potencia y la posibilidad de la Fuerza, Vernestra se sintió más en paz de lo que se había sentido en todo el día. El jardín de meditación del Faro Star-

light era, sin lugar a duda, su lugar favorito. Paz, tranquilidad, el empalagoso aroma de las enredaderas gherulianas...

... y un dulce y bendito silencio.

Vernestra respiraba despacio mientras meditaba, con todo su ser profundamente conectado con la Fuerza. Todavía no se le daba muy bien el vacío; demasiadas veces volvía a su yo físico cuando sus preocupaciones diarias la carcomían, pero estaba mejorando. No es que hubiera tenido mucho tiempo para practicar. Con la multitud de ocasiones en las que la habían enviado a misiones en el último año, aquella clase de tiempo personal era un regalo. El desapego constante la hacía sentir más en paz y más centrada, y eso era exactamente lo que necesitaba.

Tener un padawan era duro.

Superar las pruebas a los quince años había parecido una gran hazaña, pero no era nada en comparación con intentar enseñar a alguien cómo ser Jedi. A los dieciséis años, Vernestra había aceptado a su primer padawan y, un año después, todavía le costaba asumir la responsabilidad de enseñar a otro Jedi. Sobre todo a alguien tan conectado inconscientemente a todo el mundo circundante como Imri Cantaros. Un verdadero empático: Imri era capaz de notar el más mínimo cambio de humor en los que lo rodeaban.

Incluida su maestra.

Vernestra había aceptado a Imri como padawan porque creía que lo había defraudado cuando se habían quedado

atrapados en Wevo. Imri estaba apenado por la muerte de su maestro anterior y Vernestra había pasado por alto las señales de dolor, rabia y duda que podían crecer en una emoción tan fértil. Vernestra se había imaginado que podría ayudarlo a estar más seguro de sí mismo y demostrarle que podría ser Jedi si se esforzaba y seguía la Fuerza. La enseñanza era una piedra angular de la Orden; compartir conocimiento era casi tan importante como proteger la vida. Vernestra pensaba que tomar a un padawan sería fácil, una extensión natural de sus capacidades Jedi.

Pero eso era el pasado. Durante el último año, Imri y ella se habían acercado mucho más y habían aprendido mucho sobre los entresijos de la relación entre maestro y padawan. Ella había aprendido que el camino para ser caballero era distinto para cada uno y que ella se tenía que centrar menos en lo que le funcionaba a ella y más en lo que le funcionaría a Imri. Era duro. Vernestra quería que Imri aprendiera igual que lo había hecho ella, porque parecía la mejor forma de proceder. Pero en el caso de él, no era lo más adecuado.

Por eso, Vernestra estaba intentando ayudar a Imri a forjar su camino para ser caballero. A veces, eso significaba saber que él tenía que encontrar su propia forma de actuar, que ella tenía que estar menos implicada en los estudios diarios de él. Vernestra había intentado que él fuera la sombra de otros maestros Jedi en Starlight, ya que había algunos que no tenían aprendiz. Además, se imaginaba que le iría bien

ver que, aunque los Jedi estuvieran unidos en su causa, todos eran muy muy distintos.

Vernestra estaba empezando a pensar que parte del problema era lo bien que se llevaban los dos. Ella tenía solo un par de años más que Imri y a menudo lo veía más como un colega que como un estudiante. Siempre se sentía un poco tonta al decirle que hiciera esto o lo otro. No es que él discutiera, pero su propio maestro, Stellan Gios, había sido mucho más estricto al formarla a ella y ella siempre se había sentido un poco intimidada por él. Quizá debería intentar ver a Imri más como una responsabilidad y menos como a un amigo que necesitaba un empujoncito.

Eso no quería decir que Vernestra no lo intentara, que no enseñara a Imri cómo ser Jedi, sino que ella pasaba más tiempo del debido preguntándose si estaba haciendo un buen trabajo. La Fuerza sabía lo mucho que se esforzaba, pero tenía la sensación constante de que debería hacer otra cosa.

Más cosas.

—¡Vern! Estás aquí.

Vernestra abrió los ojos y vio a Imri de pie delante de ella, que, pese a su palidez, tenía las mejillas sonrosadas. Solo había una persona en Starlight que la llamara Vern, así que ver al padawan en el jardín de meditación no la sorprendió. El chico, fornido y un poco más alto que ella, sonreía como si acabara de descubrir un secreto nuevo de la Fuerza.

—¿Supongo que tu conversación sobre espadas láser con la maestra Avar ha ido bien?

Imri llevaba meses hablando de la técnica y de la empuñadura de la espada láser de la maestra Jedi, tanto que Vernestra al final se había rendido y había preguntado a la oficial de Starlight si estaría dispuesta a entrenar con el chico. Para su sorpresa, había accedido de buena gana. La maestra Avar era muy generosa con su tiempo, sobre todo en lo referente a los padawans. Vernestra esperaba secretamente ser tan competente como la maestra Jedi era con los padawans, porque se sentía de todo menos así.

Parecía irónico que la primera vez que cuestionara su competencia como Jedi fuera al entrenar a un padawan. ¿Acaso no se suponía que era ella quien tenía las respuestas?

Imri estaba dando saltos, parecía más un iniciado que un padawan.

—¡Mira!

Imri sacó la espada láser para que Vernestra la inspeccionara. La empuñadura llevaba un tubo secundario nuevo que se activaría cuando Imri encendiera la espada.

—Estaba contando a la maestra Avar lo mucho que me gustaba su espada láser, y me ha ayudado a crear mi propio diseño para la empuñadura. Me ha dicho que el peso extra hará que sea mejor en el giro hacia atrás, y la siento mucho mejor en la mano. Y prometo que esta no la perderé.

Imri sonrió. Era un poco sensible respecto a la espada

láser. La anterior se había perdido casi un año antes y, hasta hacía poco, había usado una prestada de la armería del Faro Starlight. Solo hacía un par de meses que había podido hacer un peregrinaje para encontrar un nuevo cristal kyber, un trayecto peligroso por la amenaza acechante de los nihil. Y después de la tragedia en Valo, de tantas vidas perdidas en un solo día horrible, era incluso más importante para los Jedi mantener sus armas elegidas cerca. Aquel ataque había puesto a todos los Jedi en alerta máxima. No quedaban muchos que todavía pensarán que los nihil eran una amenaza pequeña y localizada, y durante las últimas dos semanas incluso los Jedi más pacifistas habían sacado más fácilmente la espada láser al primer signo de peligro.

En todas partes salvo en el jardín de meditación.

—Imri —empezó a decir Vernestra, descruzando las piernas y poniéndose de pie—. Esto es el jardín de meditación.

—¡Ah, sí! Perdón —dijo con timidez. Aunque Imri se convertía en una especie de cachorro de nexu cuando estaba emocionado, enseguida corregía sus errores, lo que era muy positivo.

Porque había cometido muchos.

—Además, hay un droide de comunicaciones esperándote fuera —dijo Imri, guardándose la espada láser en la funda—. Supongo que tampoco les dejan entrar en el jardín de meditación.

Vernestra sonrió y le revolvió el pelo, aunque el chico fue-
ra media cabeza más alto que ella.

—Correcto. ¿Ha dicho quién me llamaba?

Los holos en vivo a Starlight, a diferencia de los grabados que se enviaban a diario, eran poco frecuentes y normalmente se reservaban para alertas importantes. Vernestra no conocía a nadie salvo la maestra Avar que utilizara los holos en vivo de forma regular.

Imri negó con la cabeza. Siguió de cerca a Vernestra cuando salió del jardín. La paz y la tranquilidad del espacio dieron paso a aspersores que esparcieron vapor de agua y, al final, un largo y reluciente pasillo blanco que daba a uno de los vestíbulos principales del Faro Starlight. La cacofonía de la estación espacial era irritante después de haber estado en el jardín de meditación, y Vernestra suspiró.

Quizá tendría que haber vuelto a Puerto Haileap cuando la maestra Avar le había ofrecido aquella oportunidad. La maestra Jedi Jorinda Boffrey, una delphidiana con piel estriada y curtida y un carácter suave, se había detenido en el Faro Starlight y había dicho a Vernestra que habría espacio para ella en el pequeño templo de allí, pero también le había animado a escuchar a la Fuerza para ir donde fuera su voluntad. Vernestra no estaba segura de si era la Fuerza la que la había mantenido en el Faro Starlight durante tanto tiempo, pero su presencia le había permitido ayudar en varias misiones que habían salvado vidas. Además, si se hubiera ido de

Starlight en aquel momento, Imri y ella se habrían perdido muchos aprendizajes. En Puerto Haileap no pasaba gran cosa y Vernestra había retrasado su vuelta para experimentar del todo la vida en el Faro Starlight, que era menos un puesto avanzado y más una ciudad próspera. Quizá había perdido demasiado el tiempo allí y la Orden quería enviarla de vuelta a Haileap.

—Oh, aquí viene —dijo Imri mientras un droide de dos ruedas iba hacia ellos moviéndose de un lado a otro. Parecía sorprendentemente poco estable. Una barra plateada conectada a la base de las ruedas se extendió hacia arriba hasta una pantalla plana en la que parpadeaba el nombre Vernestra.

—Soy Vernestra Rwoh —dijo mientras el droide de comunicaciones pasaba dando tumbos. Después, estuvo a punto de caerse al intentar girar y chocó con un astromecánico, que lanzó unos pitidos furiosos antes de dar marcha atrás y girar hasta parar finalmente delante de ellos.

—Vernestra Rwoh —volvió a decir, y la pantalla con su nombre parpadeó otra vez y reveló un teclado numérico.

—Por favor, introduzca su código de acceso —dijo el droide.

—Mmm, no tengo ninguno.

Como estaban en mitad del pasillo, los que pasaban a pie tenían que rodearlos por ambos lados, y Vernestra intentó acercarse a una de las paredes para apartarse del camino de

droides y personas que se ocupaban de sus propios asuntos. Imri no paraba de parpadear. Las mejillas que normalmente estaban rojizas se le estaban poniendo pálidas.

—Parece que hoy haya mucha más gente, ¿no? —preguntó él.

Vernestra asintió.

—Debe de haber algún transporte grande que está cruzando desde la frontera.

—¿Te parece bien si te veo en la cena? —preguntó Imri. El chico parecía enfermo y los ojos iban a toda velocidad a izquierda y derecha mientras asimilaba los cuerpos que llegaban en oleadas al vestíbulo.

—¿Estás agobiado? —preguntó Vernestra. Desde el desastre de Valo, Imri había parecido más sensible a los estados de ánimo de los que lo rodeaban y los grupos grandes de los que no eran usuarios de la Fuerza eran los que parecían afectarle peor.

—Mucho —contestó.

—¿Por qué no vuelves al jardín de meditación? Iré a recogerte después de resolver este asunto del código —dijo Vernestra—. ¡Y recuerda mantener la espada láser enfundada!

Imri asintió y regresó por el camino por el que habían llegado, y Vernestra volvió a prestar atención a la pantalla que tenía delante.

—Por favor, introduzca su código de acceso —volvió a decir el droide de comunicaciones.

—Oh, ese está roto —dijo una voz desde el medio del vestíbulo.

Vernestra se giró y vio a un humano al que conocía muy bien sonriéndole.

—¡Reath! —le dijo—. ¿Ya has vuelto de las ruinas de Genetia?

El padawan asintió. Reath Silas era un humano estudioso de piel pálida, pelo castaño, ojos que brillaban de inteligencia y una aversión completamente adorable a la aventura. Vernestra conocía a Reath desde su época de iniciados, por eso le resultaba tan raro verlo con una trenza de padawan. Era un recordatorio visual de que ella estaba mucho más avanzada que sus iguales, aunque se sintiera un poco a la deriva en aquel momento.

Reath se rascó la nuca y se rio un poco.

—Sí, resulta que las ruinas eran mucho más pequeñas de lo que habíamos imaginado y, con la tragedia de Valo, el maestro Cohmac pensó que sería mejor volver en vez de esperar a la orden de retirada final. Creo que podríamos ser más útiles aquí trabajando contra los nihil.

—Sí. Valo fue... —La voz de Vernestra se fue apagando mientras recordaba la carnicería del desastre del planeta recientemente añadido a la República. La Feria de la República se suponía que iba a ser un gran evento que uniría la galaxia y mostraría la fuerza y la diversidad de la República y, a la vez, daría la bienvenida a Valo al grupo, pero se había con-

vertido en un evento con un gran número de víctimas debido al ataque de los nihil. Hubo mucho dolor, muchas pérdidas. Ninguno de los Jedi que había estado allí parecía ser capaz de hablar de la enormidad de aquel momento, aunque las noticias de la República estuvieran plagadas de comentarios relativos al desastre y teorías de la conspiración sobre en qué punto se habían torcido las cosas— ... fue demasiado.

—Oh, no sabía que estabas allí —dijo Reath—. Lo siento.

—Todo pasa por algo, aunque la razón no esté muy clara ahora mismo. Así es como funciona la Fuerza. Quiero decir que eso es lo que me voy diciendo. Y sé que no borra la tragedia del ataque, pero tengo que concentrarme en eso de momento.

De lo contrario, quizá Vernestra encontraría un modo de pasar todo el tiempo disfrutando de la tranquilidad de la Fuerza cósmica y no volver nunca al negocio diario turbulento de la Fuerza viva.

La Fuerza viva era la energía que conectaba todas las cosas vivas entre sí, pero la Fuerza cósmica era la propia galaxia y era amplia y vasta. Era fácil perderse en la enormidad de todo eso si uno así lo quería. Algunos Jedi veían con malos ojos a los que descuidaban sus yo físicos durante demasiado tiempo para perseguir la llamada de la Fuerza cósmica.

Sin embargo, a veces, Vernestra sentía que la Fuerza cósmica la llamaba como si fueran olas lejanas y se preguntaba

qué encontraría si simplemente siguiera aquel sonido hasta los bordes de la galaxia conocida. No era un impulso que se permitiera tener demasiado a menudo.

—Por favor, introduzca su código de acceso —recitó con voz monótona el droide de comunicaciones.

—¡No tengo ningún código de acceso! Juro que voy a usar la espada —gruñó Vernestra.

—¿Puedo...? —Reath señaló al droide de comunicaciones.

Vernestra se puso a un lado.

—Adelante.

Reath dio una palmada en un lado del droide, lo que hizo que varias personas que estaban en el vestíbulo se giraran a ver qué pasaba. La pantalla emitió un destello antes de mostrar una habitación vacía.

—¡Eh, gracias! —exclamó Vernestra.

—¡No hay de qué! Bueno, será mejor que vuelva a ayudar al maestro Cohmac a descargar la nave. ¡Nos vemos!

Reath desapareció entre la multitud en el vestíbulo, y Vernestra volvió a prestar atención al droide de comunicaciones. Quienquiera que la hubiera llamado debía de haber vuelto a ocuparse de otra cosa. Miró la pantalla, intentando analizar de dónde podría venir. Casi había esperado ver a Avon Starros mirándola fijamente. No sería la primera vez que la persona que había estado a su cargo había conectado una unidad de comunicaciones para una charla amistosa.

—¿Diga? —dijo Vernestra a través de la pantalla. No parecía que hubiera nadie al otro lado.

—¡Vernestra! —El maestro Stellan Gios se asomó al cuadro y Vernestra esbozó una sonrisa—. Lo siento, creo que subestimé el tiempo necesario para conectar con Starlight.

—¡Maestro Stellan! ¿Has dejado de recortarte la barba?

—¡Sí! Bueno, más bien es que no he tenido la oportunidad, he estado muy liado.

Stellan se frotó la cara y sonrió con pesar mientras contemplaba el pelo que le cubría ligeramente las mejillas y la barbilla. El maestro Stellan le recordaba a Reath, y no porque todos los humanos se parecieran al tener la misma piel pálida y el mismo pelo castaño. Pero mientras Reath se encorvaba para pasar desapercibido, el maestro Stellan entraba en los sitios dando grandes pasos y exigía un puesto de liderazgo. Tenía una forma de coger las riendas que siempre había asombrado a Vernestra y que siempre había hecho que se enorgulleciera de ser su padawan.

—El look descuidado te queda bien, Stellan —dijo Vernestra con una sonrisa—. Eres clavado al héroe humano de uno de los holos de aventuras, *El peligro de la frontera*.

El maestro Stellan se rio.

—Entre nosotros, me la dejé sobre todo para parecer más digno. El Consejo Jedi es un asunto muy serio. —Su expresión se volvió más sobria—. ¿Cómo estás después de lo de Valo? Creo que el ataque a la Feria de la República nos ha

impactado a todos, pero esa fue la última vez que nos vimos y siento que no pudiéramos hablar después del contrasalto.

Después de que los nihil hubieran cometido miles de asesinatos en Valo, los Jedi habían atacado la fortaleza nihil de Grizal, dispersando a los nihil y limitando gravemente sus capacidades para causar estragos. En ese momento, una mezcla de fuerzas Jedi y de la República estaba librando una batalla después de luchar por la galaxia, con la intención de eliminar la amenaza de los nihil de una vez por todas.

Vernestra cruzó los brazos. Prefería no hablar más de la batalla, pero no podía zafarse de un maestro Jedi exactamente.

—Estoy todo lo bien que se puede esperar. Y me alegro de volver a hablar contigo. Estaba preocupada. Después de Valo...

La voz de Vernestra se fue apagando. Todo el mundo había visto la imagen del maestro Stellan en medio de los escombros, con gente gimiendo de dolor mientras le caía una sola lágrima por la mejilla. Se había convertido en el héroe de Valo en un momento en el que todos los demás eran considerados villanos, incluso la canciller, que todavía se estaba recuperando, y era raro que el Jedi que había guiado a Vernestra en su entrenamiento Jedi fuera una celebridad galáctica.

Stellan asintió.

—Valo lo cambió todo, y por eso me he puesto en contac-

to contigo. Quería que supieras que os asigno a ti y a tu padawan a Coruscant.

Vernestra se quedó de piedra. Se le aceleró un poco el pulso y cogió aire varias veces para calmarse. Todo el mundo sabía que ser asignado al templo principal era importante y sentía el peso de la responsabilidad apoderándose de ella. Aquello era algo bueno, ¿verdad?

—¿Es por algún motivo?

—Sí, en realidad. —Stellan volvió a sonreír—. Tu heroísmo y tu valor te han distinguido más de lo que sabes y un senador de la República pidió que tú te ocuparas de un asunto que tenemos en el sector Berenge.

—¿Berenge? —dijo Vernestra, repasando lo que sabía sobre aquella parte de la frontera. Se ajustó el pelo púrpura/negro que tenía atado hacia atrás para ganar un poco de tiempo y poder pensar—. Pero ahí no hay nada.

—Y ese es exactamente el problema. De todas formas, te daré los detalles cuando llegues aquí.

Vernestra asintió.

—Supongo que ya has consultado esto con la maestra Avar.

—Ella va a ser la próxima a la que llame. No te preocupes, Vernestra, esto es algo bueno para ti. Eres un caballero Jedi que ya ha destacado a una edad tan temprana. La Orden es mejor al tenerte. Que la Fuerza te acompañe.

—Y a ti —dijo Vernestra, poniendo fin a la llamada y

mordiéndose el labio. La noticia del maestro Stellan debería de haberla colmado de alegría. Servir como caballero en el templo principal de Coruscant había sido su sueño en el pasado y se iba a hacer realidad cuando ella tenía solo diecisiete años.

Sin embargo, Vernestra estaba al borde de la desesperación. Le quedaba mucho que aprender en el Faro Starlight, y la estación se había convertido en su hogar. Además, no quería dejar a la maestra Avar. Stellan había previsto una gran misión, y Vernestra quería formar parte de ella. Quería ayudar a eliminar a los nihil de la frontera, ayudar a mantener a salvo a los colonos que intentaban construir una vida sin sufrir más ataques.

Vernestra respiró hondo y volvió al jardín de meditación para recoger a Imri. Primero cenarían y, después, buscaría el consejo de la maestra Avar. Si alguien podía orientarla en un momento como aquel era ella.